



CAPÍTULO 1

Poniéndole alas al evangelio

Cuando Haroldo jaló hacia atrás la volante de control de la avioneta, la Cesna, de colores rojo y blanco, sobrevoló las cimas revestidas de pinos en las Montañas de la Sierra Madre. Como de costumbre, para estar alerta en cuanto al terreno y a las condiciones del tiempo, el piloto misionero miró ligeramente a las laderas escarpadas y al cielo despejado que se gozaba ese día.

La avioneta se inclinó ligeramente y el pasajero alzó la mirada para ver al piloto. La mirada de Haroldo estaba fija en dirección de un camino serpenteado que estaba en la ladera alborada. Urie miró hacia abajo, justo cuando un grupo de hombres se adentraba en la espesura del bosque. ¿Serían armas las que portaban esos hombres... o azadones? El grupo había desaparecido tan rápidamente que él no pudo estar seguro.

—¿Hay muchas guaridas de la guerrilla en esta parte del bosque? —preguntó el pasajero.

El piloto echó un vistazo a los instrumentos y recorrió con la mirada el horizonte antes de contestar.

—Sin duda, cualquiera diría que sí, con todos los rumores acerca de hombres desaparecidos, cuerpos mutilados, casas saqueadas, edificios incendiados y hasta explosiones de bombas. Creo que ellos deben estar cerca, Urie, y no creo que sean pocos.

—¿No será peligroso para los misioneros venir a estos lugares? Creo que la guerrilla es marxista, antirreligiosa, y ha de estar en contra de cualquier persona u objetivo estadounidense.

—Bueno, hermano, sólo es cuestión de tiempo. El hermano Víctor ha sido amenazado varias veces. Los líderes religiosos parecen ser uno de los blancos. Podría decirse que San Bartolomé no es un lugar muy seguro. Pero sabemos que cualquiera que se encuentre en el centro de la voluntad de Dios estará a salvo bajo la protección de sus alas.

Haroldo aplicó una presión suave a un pedal de dirección, y la avioneta giró ligeramente hacia la derecha. Haroldo ajustó un botón del tablero de mandos.

—Los misioneros estadounidenses en cada uno de los lugares donde viven están trabajando con empeño a fin de discipular a futuros líderes en caso de que un día la Embajada Americana les pida que abandonen a Guatemala. Me temo que eso está por suceder.

Sin hacer ningún comentario, Urie observó las montañas, los pueblos y los campos sobre los cuales pasaban. La meta de la Misión Aérea Menonita (MAM) era llegar a los pueblos retirados dentro del territorio guatemalteco y establecer iglesias con liderazgo propio, aunque no esperaba contar con el liderazgo de los guatemaltecos en esta etapa temprana de la obra.

La avioneta se ladeó bruscamente cuando viró alrededor de San Andrés, un pueblo con casas de adobe, el cual



Vista panorámica desde el avión mientras se volaba hacia el interior de las montañas remotas.

estaba a lo largo de un camino polvoriento. Más allá yacía la pista de aterrizaje de la misión, rodeada por las edificaciones de la misma obra misionera.

—Primero iremos a San Bartolomé y descargaremos los suministros, luego regresaremos y haremos escala aquí en San Andrés, para recoger a un hombre enfermo que necesita ir al hospital.

El pasajero asintió:

—Eso me parece bien. Tenía la esperanza de estar algunos minutos aquí en San Andrés para ver a Ismael Quiñónez y a otros amigos.

Urie había estudiado el idioma español y eso le permitía conversar con amigos cristianos y no cristianos en estos pueblos. Por medio del correo mantenía contacto con ellos mientras estaba en su país de origen.

Al escuchar el zumbido del motor de la Cesna, los

pobladores salieron de prisa de sus casas, a las calles de adoquín, saludando con la mano al piloto. Haroldo movió el ala de la Cesna en respuesta. Luego de chequear la altitud y observar la brújula, él se reclinó en el asiento mientras dirigió la avioneta rumbo a San Bartolomé.

—En San Andrés también han tenido muchas amenazas y ataques de la guerrilla. El aislamiento de toda la región del Quiché convierte a estos lugares en un refugio ideal para las bandas. —Haroldo ajustó sus anteojos de sol algo meditabundo—. Me temo...me temo que los misioneros que viven en San Bartolomé no sean los únicos que...que tendrán que irse. —Haroldo suspiró, haciendo una pausa como en búsqueda de más palabras—. Como eres un miembro de la junta de la misión, te diré lo siguiente de manera confidencial. En el aeropuerto un funcionario que se mostró amistoso conmigo me advirtió que yo estoy en la lista negra.

Urie miró a Haroldo repentinamente. De pronto, él mismo se sintió vulnerable. *¡Estoy viajando con un piloto que es blanco de los terroristas!* pensó. La belleza del paisaje pareció haberse transformado en sombras siniestradas y siluetas amenazadoras. Cuando al fin pudo hablar, lo hizo en voz baja y mostrando preocupación.

—¡Hermano Haroldo! ¡No! ¿En qué repercutirá esto para todas las iglesias de la MAM que usted supervisa? Y usted, ¿cómo puede seguir volando como si nada pasara, transportando suministros a los hermanos que viven en estos lugares?

Pero ése era Haroldo: siempre sosegado. Incluso estando a punta de pistola él no se asustaba. En ese momento Urie recordó la vez que un ladrón le puso una pistola en la cara a Haroldo, hacía ya cinco años.

En esa ocasión, ya que la mayoría de los negocios estaban cerradas debido a la hora de siesta, Haroldo dejó de hacer sus mandados y también tomó una siesta. Cuando él terminó de comer su sándwich, reclinó el asiento del vehículo y se relajó para pasar un momento agradable en comunión con el Señor.

Después de la siesta, él pasó al banco para retirar en quetzales el dinero que el tesorero de MAM le había enviado. El paquete de billetes era más de lo que a Haroldo le gustaba portar en la Ciudad de Guatemala. Tan discretamente posible, el misionero metió el dinero en los dos bolsillos delanteros del pantalón y salió del banco tan normalmente como si hubiera sacado el equivalente a \$20.00.

De ser posible, Haroldo siempre dejaba la visita al banco de último, antes de ir a casa, pero ese día tenía que hacer otra parada más. Al parquear el vehículo afuera de la tienda de repuestos de autos, él se dio cuenta que la misma no reabriría hasta pasados otros diez minutos más. Haroldo decidió descansar y meditar mientras esperaba.

Tan pronto se bajó la mano para reclinar el asiento, un hombre le abrió la puerta de un tirón, le puso una pistola en la cara y metió la mano en el bolsillo de Haroldo. *No puedo permitir que ningún bandido huya con este dinero ganado con sudor y donado con sacrificio para la obra de la misión*, pensó Haroldo, volviéndose para colocarse de frente al ladrón. Los espectadores que estaban sentados en las bancas del parque dejaron de comer sus meriendas para observar el drama que se desarrollaba ante ellos. Al volverse hacia el ladrón, el misionero discretamente apoyó el codo derecho firmemente sobre la bocina. El ladrón, asustado, disparó contra la carrocería del carro.